

HISTORIOGRAPHY AND THE POLITICAL PARTICIPATION
OF THE MASSES: THE «DECAY» OF THE ATHENIAN
DEMOCRACY IN FOURTH-CENTURY BC

Historiografía y participación política de masas: la «decadencia» de la democracia ateniense en el siglo IV a.C.

Diego Paiaro
UBA-UNGS-CONICET
diegopaiaro@hotmail.com

Mariano Requena
UBA-UNGS-UNSAM
marianorequena@gmail.com

Fecha recepción 26.04.2018 / Fecha aceptación 14.05.2018

Resumen

Las características de la democracia y, especialmente, las implicancias de la participación política plena de los «pobres» han sido objeto de una profunda atención por parte del pensamiento político e histórico moderno con respecto a la historia de Atenas. Principalmente preocupados por las consecuencias asociadas al desarrollo de la soberanía popular y

Abstract

The features of the Athenian democracy and particularly the implications of the full political incorporation of the «poor» have been subjected to the full attention of several modern intellectuals interested in the history of Athens. Mainly concerned with the consequences related to the development of the popular sovereignty and by

por la influencia progresiva de las clases populares como fuerza política, la tradición historiográfica y la filosofía política moderna tendieron a vincular a la incorporación política de las masas con la «crisis» y el «declive» de Atenas. En el presente trabajo se analiza críticamente dicha tradición interpretativa desde nuestra situación contemporánea.

Palabras clave

Atenas Antigua – Democracia – Crisis – Historiografía

the growing influence of the popular classes as a relevant political factor, modern political philosophy and traditional historiography have tended to relate the political incorporation of the masses with the Athenian «crisis» and its «decline». In this paper, this interpretative tradition is critically analysed from our contemporary context.

Keywords

Ancient Athens – Democracy – Crisis – Historiography

Historiografía y condiciones de pensamiento

Cualquier discusión historiográfica supone un balance de las diferentes tradiciones del pensamiento con las que operamos. Sin embargo, el debate no puede consistir meramente en ser una evaluación de aquellas vertientes puesto que todo pensamiento histórico se encuentra también situado por su propia historicidad. Creemos, entonces, que discutir la situación de la democracia ateniense y su «crisis» remite, en igual manera, a reflexionar acerca de cómo nos situamos en función de nuestro propio contexto para interpretar el pasado que abordamos. Tal como lo afirmara Benjamin: «La historia es objeto de una construcción cuyo lugar no está constituido por el tiempo homogéneo y vacío, sino por un tiempo pleno, “tiempo-ahora” (*jetztzeit*)». La idea de «tiempo-ahora» constituye la clave para un pensamiento de la historiografía que sea también un pensamiento introspectivo de nuestras propias condiciones¹. Por tanto, no buscamos un mero balance historiográfico, sino abordar el pasado en función de los problemas de nuestro presente. En este sentido, la situación actual del capitalismo parece estar marcada por una dispersión o agotamiento del campo popular que no termina de articular una fuerza alternativa y superadora².

En función de lo anterior, nos importa aclarar de modo explícito desde qué lugar pensamos en la ciudad antigua como punto de partida para poder dar cuenta de nuestro derro-

1. W. Benjamin, “Sobre el concepto de la historia” (Tesis XIV de 1940), en *Conceptos de Filosofía de la Historia*, Buenos Aires, 2007 [1974], 73. El «tiempo-actual» (*jetztzeit*) no remite al mero presente en su sentido cronológico sino que es una ruptura en la secuencia del tiempo. La capacidad de establecer un quiebre que articula tanto la posibilidad de inteligibilidad con el pasado pero a su vez la capacidad práctica y creadora de establecer un tiempo nuevo. La visión de Benjamin es profundamente política, a la vez que mesiánica, en tanto que el pasado se vuelve neutro y confortable –histórico en sentido tradicional– una vez que se acepta su relato como dado. La tarea del historiador, por el contrario, consiste en sacarlo de ese *continuum*, romper con su secuencia, descubrir en él aquello que es lucha y conflicto del hoy, expectativa y deseo de futuro, cf. M. Lowy, *Walter Benjamin. Aviso de Incendio*, Buenos Aires, 2003.

2. La caída del bloque soviético a finales del siglo XX parece marcar un *impasse* en las orientaciones de índole revolucionarias que perdura hasta la actualidad, donde la «utopía» comunista no parece haberse recuperado y la dispersión de los proyectos emancipatorios de la «dictadura del Capital» no parecen encontrar un rumbo claro. Si bien no han faltado alternativas (zapatismo, socialismo del siglo XXI, populismos varios, por poner ejemplos latinoamericanos de las últimas décadas), tales proyectos no parecen haber obtenido la solidez que caracterizó a su antecesor.

tero interpretativo. Nos serviremos de una frase de Murray quien señalaba distintas miradas «nacionales» sobre la *pólis*:

*To the Germans the polis can only be described in a handbook of constitutional law; the French polis is a form of Holy Communion; the English polis is a historical accident; while the [North] American polis combines the practices of a Mafia convention with the principles of justice and individual freedom*³.

Sin lugar a dudas, nuestra propia mirada participa de tales tradiciones, pero, a la vez, hemos optado por resaltar el carácter «popular» de la *pólis*, sobre todo de Atenas. Es decir, nuestra intervención privilegiará la participación de aquellos que tradicionalmente fueron presentados en las fuentes como «los pobres»⁴ y que contribuyeron de forma sustancial a esa experiencia histórica particular que fue la *demokratía* ateniense. Desde nuestro punto de vista, dicha participación política popular no puede tomarse como algo dado sino como un elemento cardinal de la aparición de un fenómeno político singular. Para nosotros la *pólis* democrática se asemejó a una «dictadura proletaria» en tanto que –si bien no sin forzamiento– el sintagma *demokratía* habilita tal traducción⁵.

En función de lo expuesto, en lo que sigue repasaremos algunas perspectivas historiográficas que han propuesto la existencia de una relación entre la democracia ateniense y

3. O. Murray, “Cities of reason”, en O. Murray y S. Price (Eds.), *The Greek City: From Homer to Alexander*, Oxford, 1990, 3.

4. Dado que la noción de pobreza (*penía*) abarcaría a todos los que tienen que trabajar para vivir, es decir ganarse su sustento mediante su propio esfuerzo (cf. Aristófanes, *Riqueza*, vv. 553-4), consideramos en este punto a todos aquellos que pueden ser englobados bajo esta lógica y, por consiguiente, como sinónimos de trabajador en sentido amplio (sea o no un propietario y con independencia de si pueden o no utilizar mano de obra servil) y de *dêmos* en el sentido restringido que le dan los oligarcas. Sobre la noción de *penía* véase: J. Ober, *Mass and Elite in Democratic Athens: Rhetoric, Ideology, and the Power of the People*, Princeton, 1991, 194-196; J. Rosivach, “Some Athenian Presuppositions About ‘the Poor’”, *G&R*, 38.2, 1991, 189-198; P. Cavallero et al., *PENIA. Los intelectuales de la Grecia Clásica ante el problema de la pobreza*, Buenos Aires, 2003, 8-9; sobre la idea de *dêmos*, cf. R. Osborne, *The Old Oligarch. Pseudo-Xenophon’s Constitutions of the Athenian*, Lactor, 2, 2004, 20; J. L. Marr y P. J. Rhodes, *The ‘Old Oligarch’: the Constitution of the Athenians Attributed to Xenophon*, Oxford, 2008, 24-26; M. H. Hansen, “The Concepts of *Demos*, *Ekklesia*, and *Dikasterion* in Classical Athens”, *GRBS*, 50, 2010, 503.

5. Cf. G. de Ste. Croix, *La lucha de clases en el mundo griego antiguo*, Barcelona, 1988, 93-94, 120, 170, 244, 252, 334, 338-339, 350, 373; P. Cartledge, “Democracy, Origins of: Contribution to a Debate”, en K. A. Raaflaub, J. Ober y R. W. Wallace (Eds.), *Origins of Democracy in Ancient Greece*, Berkeley, 2007, 158. Para un balance historiográfico acerca de Atenas como una «dictadura del proletariado», D. Paiaro, “Entre el «gobierno de la muchedumbre» y la «dictadura del proletariado». La historiografía de la democracia ateniense frente al espejo de la Revolución”, en Á. Moreno Leoni y A. Moreno (Eds.), *Historiografía moderna y mundo antiguo (1850-1970)*, Córdoba, 2018, 93-134.

su «declive» cuyo nexos parecería no ser otro –al menos en su origen– que una concepción negativa de la participación política del pueblo.

Democracia y esclavismo

Podríamos enmarcar nuestro problema a partir de una famosa cita de Marx:

Se olvida la importante sentencia de Sismondi (...): el proletariado romano vivía a costa de la sociedad, mientras que la moderna sociedad vive a costa del proletariado⁶.

Si bien la frase hace referencia al mundo romano y no al ateniense, la polaridad que se establece entre «sociedad» y «proletariado» constituye el punto de referencia en las conceptualizaciones globales de la ciudad democrática. En efecto, la idea de que en la Antigüedad el «proletariado» vivía a costa de la «sociedad» supuso una tensión entre, por un lado, la concepción de una sociedad esclavista en la cual los «pobres» se apropiaban –de modo directo o indirecto– de los recursos producidos por los esclavos; y por otro lado, la crítica a dicha concepción que revalorizó el poder y la participación política popular desligándolos de la existencia de (o mejor aún, de la necesidad de que existan) los esclavos. Tal contrapunto puede verse reflejado en los trabajos de Finley y Wood⁷, quienes hace ya algún tiempo han hecho hincapié en las cuestiones señaladas. Finley ponía el énfasis en la importancia del esclavismo moderno y hacía referencia a las disputas en torno al abolicionismo de finales del siglo XVIII y principios del XIX como punto axial de transformación de la historiografía sobre la Antigüedad. Wood, proponía un corte temporal similar para dar cuenta de tal mutación, aunque el énfasis se encontraba puesto en la desconfianza que a los ojos de la elite europea producían los procesos de incorporación política de las clases trabajadoras en los esquemas republicanos de las naciones modernas⁸. En síntesis, se puede

6. K. Marx, *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, Buenos Aires, 2003 [1852], 14.

7. M. I. Finley, *Esclavitud antigua e ideología moderna*, Barcelona, 1982 [1980]; E. M. Wood, *Peasant-citizen and Slave: The Foundations of Athenian Democracy*, Londres, 1988.

8. Consideramos que la inscripción temporal de ambas obras es importante: la década del 1980 supone un momento de inflexión para la historia socio-política del siglo XX y, coordinadamente, para las perspectivas emancipatorias. Sólo por citar algunos ejemplos: el ocaso de los procesos de liberación nacional (tal es el caso del fracaso de la revolución nicaragüense), el ascenso del neoconservadurismo-liberal (como los gobiernos de Reagan y Thatcher en Estados Unidos y el Reino Unido, respectivamente), y más importante aún la Perestroika y el Glasnot, antesala de la caída de la Unión Soviética y del bloque socialista, cf. E. Hobsbawm, *Historia del Siglo XX*, Barcelona, 1996. Con respecto al campo intelectual: el fin de los «grandes relatos» y el paso a una historia minimalista, así como el llamado «giro lingüístico» y la dispersión teórica en varios «post» (postmarxismo, postestructuralismo, etc.), cf. P. Anderson, *Tras las huellas del Materialismo Histórico*, México, 1988 [1983].

postular que, en la lectura del pasado ateniense, es la tensión entre la importancia social de la esclavitud y la relevancia de la participación política ciudadana aquello que enmarca a las grandes tendencias del debate histórico-político a partir de la cual se ha pensado y se piensa la experiencia de la *demokratía*⁹.

La «crisis» de la *demokratía* ateniense

Ahora bien, podríamos señalar que el siglo IV ateniense no se caracteriza por ser el período que más interés ha despertado para la tradición historiográfica. Sin las aparentes virtudes y el esplendor de la época anterior –no soporta el título de «edad dorada» como la época de Pericles¹⁰– sufrió el estigma de haber sido pensado bajo los términos de «crisis», «declive», «decadencia», «agotamiento» y «transición» (términos y concepciones que persisten hasta hoy en día aunque, es verdad, de forma matizada)¹¹. Entre la «grandeza» de Pericles y la de

En este sentido, las obras de Finley y de Wood sirven de espejo. Finley proporciona un gran arco argumental (similar al libro de Ste. Croix, *La lucha de clases... op. cit.*) en el cual la esclavitud aparece como el gran elemento ordenador. Pero esta determinación se piensa como efecto de una «condición negativa» (la imposibilidad de usufructo de la mano de obra local por parte de la aristocracia a partir del derecho de ciudadanía) que no es otra cosa que el ascenso cívico de los campesinos y pobres sin tierras (como bien resalta Wood). «Condición» que, según Finley, abarca desde Solón a Caracalla, momento a partir del cual la condición cívica deja de ser un estatuto privilegiado y de protección para los «pobres». Por su parte Wood rescatará la condición política del *dêmos*, a costa de erradicar de las condiciones agrarias el problema de la esclavitud. Libertad ciudadana y esclavismo siguen siendo los elementos que no pueden congeniarse, o que sólo han sido atados en la medida en que el segundo subsume al primero, convirtiendo la singularidad del poder de las masas en un efecto del esclavismo: parasitismo, etc.

9. Cf. J. Ober, *Mass and Elite... op. cit.*; J. T. Roberts, *Athens on Trial: the Antidemocratic Tradition in Western Thought*, Princeton, 1997; J. A. Dabdab Trabulsi, *L'antique et le contemporain: études de tradition classique et d'historiographie moderne de l'antiquité*, Besançon, 2009; B. Montoya Rubio, *Esclavitud en l'economia antiga: evolució i fonaments de la historiografia moderna*, Besançon, 2015.

10. L. Tritle (Ed.), *The Greek World in the Fourth Century. From the Fall of the Athenian Empire to the Successors of Alexander*, Londres, 1997, XIV.

11. Para las caracterizaciones del siglo IV como un siglo decadente, en crisis, agotado o en transición pueden verse los trabajos de: G. Glotz, *La cité grecque*, París, 1968 [1928], 251-325; W. Durant, *The Life of Greece*, New York, 1939, 459-481; F. W. Walbank, "The Causes of Greek Decline", *JHS*, 64, 1944, 10-20; M. Rostovtzeff, *Historia social y económica del Mundo Helenístico*, T. I, Madrid, 1967 [1941], 84-131; C. Mossé, *La fin de la démocratie athénienne. Aspects sociaux et politiques du déclin de la cité grecque*, París, 1962, "Renaissance et déclin de l'hégémonie athénienne", en E. Will, C. Mossé y P. Goukowsky (Eds.), *Le monde grec et l'Orient. Le IVe siècle et l'époque hellénistique*, T. II, París, 1975, 27-41, "Las clases sociales en Atenas en el siglo IV." en C. E. Labrousse, y D. Roche (Eds.), *Ordenes, estamentos y clases. Coloquio de historia social Saint-Cloud, 24-25 de mayo de 1967*. Madrid, 1978, 18-25, "La lucha por el poder y la situación económica-social." en R. Bianchi Bandinelli (Dir.), *La crisis de la pólis. Historia, literatura, filosofía*. Barcelona, 1981, 51-78; P. Vidal-Naquet, "Athènes au IVe siècle: fin d'une démocratie ou crise d'une cité? Note critique, Claude Mossé, *La Fin de la démocratie athénienne*". *Annales ESC*, 18.2, 1963, 346-351; F. Vannier, *Le IVe siècle Grec*, París, 1967, 9-87; P. Lévêque, *La gran aventura griega*, Madrid, 1968, 336-341; N. G. L. Hammond, *A History of Greece to 322 BC*,

Alejandro, la democracia del siglo IV queda atrapada entre no ser ya la que era y preparar el terreno para su superación por el mundo Helenístico. Como muestra de este tipo de razonamiento pueden tomarse las siguientes palabras de Plácido:

El sistema democrático fue, al mismo tiempo, la culminación de la historia de la ciudad-estado y el punto de inflexión en que se iniciaba su decadencia, cuando para subsistir como tal la ciudad tenga que apoyarse en entidades de orden superior, reinos macedónicos o Imperio romano.

O las palabras de Samons, quien también saca conclusiones similares:

*For, although Socrates and Pericles appear to have been very unusual and perhaps even unique individuals, (...) they were both also very much men of their own time. In fact, both were ultimately products and reflections of the Athenian society (...) and both represent the strengths of that society, even as they mark moments of its decline.*¹²

Oxford, 1973, 499-531; V. V. Struve, *Historia de la Antigua Grecia*, Madrid, 1974, 511-524, 769-779; A. Barigazzi, "Características culturales del siglo IV," en R. Bianchi Bandinelli, *op. cit.*, 11-47; J. de Romilly, *Problèmes de la démocratie grecque*, París, 1975, *The Rise and Fall of Greek States According to Greek Authors*, Michigan, 1977, *L'Élan démocratique dans l'Athènes ancienne*, París, 2005; R. Browning, "The Crisis of the Greek City-a New Collective Study," *Philologus-Zeitschrift für antike Literatur und ihre Rezeption*, 120, 1, 1976, 258-266; M. Austin y P. Vidal-Naquet, *Economía y sociedad en la antigua Grecia*, Barcelona, 1986, 127-148; F. Gschnitzer, *Historia social de Grecia. Desde el período micénico hasta el final de la época clásica*, Madrid, 1987, 198-221; G. de Ste. Croix, *La lucha de clases...* *op. cit.*, 343-354; C. Farrar, *The Origins of Democratic Thinking. The Invention of Politics in Classical Athens*, Cambridge, 1988, 129, 271-72; V. D. Hanson, *The Other Greeks. The Family Farm and the Agrarian Roots of Western Civilization*, Nueva York, 1995, 357-403; J. M. Bryant, *Moral Codes and Social Structure in Ancient Greece: A Sociology of Greek Ethics from Homer to the Epicureans and Stoics*, Nueva York, 1996, 229-375; D. Plácido, *La sociedad ateniense. La evolución social en Atenas durante la guerra del Peloponeso*, Barcelona, 1997, 292-296; S. B. Pomeroy *et. al.*, *La Grecia antigua. Historia política, social y cultural*, Barcelona, 2001, 357-396; L. J. Samons, *What's Wrong with Democracy?: from Athenian Practice to American Worship*, Los Angeles, 2004. En los últimos tiempos se han desarrollado críticas a esta postura tradicional, cf. J. Bleicken, "Die Einheit der athenischen Demokratie in klassischer Zeit." *Hermes*, 115, 3, 1987, 257-283; J. Ober, *op. cit.*; M. H. Hansen, *The Athenian Democracy in the Age of Demosthenes. Structure, Principles and Ideology*, Oxford, 1991; W. Eder, "Die athenische Demokratie im 4. Jahrhundert v. Chr. Krise oder Vollendung," en W. Eder y C. Auffarth (Eds), *Die Athenische Demokratie im 4. Jahrhundert v. Chr. Vollendung oder Verfall einer Verfassungsform?: Akten eines Symposiums 3.-7. August 1992*, Bellagio. Franz Steiner Verlag, 1995, 11-28; J. K. Davies, "The Fourth Century Crisis: What Crisis?" en W. Eder y C. Auffarth, *loc. cit.*, 29-35; C. J. Schwenk, "Athens," en L. Tritle, *op. cit.*, 8-40; F. Hartog, "Fin de la Démocratie Athénienne," en P. Schmitt-Pantely F. de Polignac (Dir.), *Athènes et le politique. Dans le sillage de Claude Mossé*, París, 2007, 311-330; P. J. Rhodes, "Athenian democracy after 403 BC," *CJ*, 75, 4, 1980, 305-323; "The Alleged Failure of Athens in the Fourth Century," *Electrum*, 19, 2012, 111-129.

12. D. Plácido, *La sociedad ateniense...* *op. cit.*, 296 y L. J. Samons, *What's Wrong...* *op. cit.*, 198.

Estas reflexiones encierran un juicio sobre la potencialidad histórica de la democracia ateniense, a la que se ata el destino de la *pólis*¹³: al alcanzar su clímax, la ciudad democrática también encuentra su límite; su fuerza es, al mismo tiempo, su debilidad; la actualización de su potencia, su agotamiento. Paradojas de la reflexión histórica que hace del efecto su causa y que parece exclamar que todo lo que existe merece perecer. Tal forma de presentar la secuencia histórica se debe a la propia lógica con la que la disciplina organiza su discurso, su narrativa, y que se articula según un ciclo de «auge y caída»¹⁴. De este modo, el discurso histórico asume una modalidad que organiza qué lugar se les da a los «hechos». Como no hay manera de evadir el problema de la narración, ésta exige una dimensión metodológica que es la unidad del «objeto» de su discurso. Entre la narración y lo narrado se encuentra la exigencia de dar cuenta de aquello que hace cadena de la serie, aquello que proporciona su unidad y, por consiguiente, su explicación¹⁵. Precisamente, según Campagno y Lewkowicz el discurso histórico se encuentra obligado a poder dar cuenta de la permanencia y de las transformaciones, de las formas en que una sociedad se comporta y de los mecanismos de cambios de las mismas, de lo viejo y de lo nuevo. Tal obligación presupone, para los autores, la exigencia filosófica de que su «objeto» sea necesariamente uno: unificado y delimitado, el discurso histórico puede dar cuenta, por la misma razón, de los acontecimientos que (re)producen una determinada sociedad y aquellos que la transforman. Por consiguiente, los cambios sólo pueden aparecer como cambios cuantitativos, como desarrollo evolutivo de una potencia que se realiza hasta agotarse: en el propio funcionamiento de la sociedad ya estaría en potencia la sociedad posterior, la situación subsiguiente no es más que la consecuencia necesaria de la situación previa. Los autores llamarán «frutihortícola» a esta necesidad discursiva-metodológica puesto que la metáfora de la «maduración» constituye su forma paradigmática¹⁶.

13. No es nuestra intención detenernos sobre la evolución de la *pólis* en general sino solamente sobre el encuadre en que se piensa la situación ateniense. En cuanto a la evolución propia de la *pólis* la historiografía reciente verifica su pervivencia tanto en la época helenística como romana, cf. F. Cassola, “La Polis nel IV secolo: crisi o evoluzione?”, *Athenaeum*, 54, 1976, 446-462; G. de Ste. Croix, *La lucha de clases... op. cit.*, 345-382; P. Harland, “The Declining Polis? Religious Rivalries in Ancient Civic Context.”, en L. E. Vaage, *Religious Rivalries in the Early Roman Empire and the Rise of Christianity*, 2006, 21-49; P. Gauthier “Les cités hellénistiques: épigraphie et histoire des institutions et des régimes politiques.”, en D. Rousset (Ed.), *Philippe Gauthier: Études d' Histoire et d' Institutions Grecques. Choix d'écrits*. Genève, 2011, 315-350. Contra W. G. Runciman, “Doomed to Extinction: The Polis as an Evolutionary Dead-End.”, en O. Murray y S. Price (Eds.), *The Greek City... op. cit.*, 347-368.

14. P. Millett, “Warfare, Economy and Democracy in Classical Athens.”, en J. Rich y G. Shipley (Eds.), *War and Society in the Greek World*, Routledge, 1993, 178; P. Harland, “The Declining...” *op. cit.*, 24. F. Hartog, “Fin de la Démocratie...” *op. cit.*, 312, vincula esta esquematización con una tríada (nacimiento, madurez, muerte) tomada del ciclo biológico; cf. J. de Romilly, *The Rise... op. cit.*, 19; V. D. Hanson, *The Other Greeks... op. cit.*, 357-358 quienes sugieren que esta forma de pensar estaba presente en las sociedades de base agraria como producto de la asociación del tiempo humano con el tiempo cíclico de la agricultura.

15. Cf. H. White, “Historical Discourse and Literary Writing.”, en K. Korhonen (Ed.), *Tropes for the Past. Hayden White and the History/Literature Debate*. Amsterdam y Nueva York, 2006, 30.

16. M. Campagno e I. Lewkowicz, *La historia sin objeto: y derivas posteriores*, Buenos Aires, 2007, 22-29.

Si sólo fuera un tema de etapas, de cuándo ubicar la tríada «auge-edad de oro-declive», se trataría simplemente de una cuestión de cronología. Pero es claro que el problema va más allá de las fechas. Tomemos como síntoma una reflexión de Mossé. Según la autora, hasta entrados los años '80 se pensaba que la democracia ateniense era «moderada» durante la *pentecostecia*, pero tras el fin de la Guerra del Peloponeso se volvió «más radical»; radicalidad que la llevó a un declive inexorable, ratificado por la derrota en Queronea. Por el contrario, en la actualidad, el período comprendido entre las reformas de Efialtes y la caída de los Treinta es considerado el momento «radical» de la democracia y el que le sigue, «moderado»¹⁷. Tal inversión en las concepciones historiográficas actuales se basa en la crítica documental, principalmente de las posturas filosóficas de la cuarta centuria que descargaban su crítica política contra el poder de las clases populares¹⁸. Resulta, por consiguiente, sospechoso que bajo el mismo período se resaltara el incremento del poder popular junto con el ocaso de la ciudad. Como si democracia y decadencia estuviesen necesariamente implicadas, como si el máximo poder del pueblo no pudiera tener otro efecto que la ruina de la civilización que lo había creado. Se impone aquí una visión que, si bien tiene origen en los propios atenienses, ha atravesado la historia de la *demokratía* hasta nuestros días.

Una tradición conservadora

La filosofía del siglo IV presentará, entonces, una mirada crítica del poder del *dêmos*. Y tras semejante tradición, con el desarrollo de la política moderna y la organización de los Estados nacionales, la democracia ateniense se constituyó en un contra-modelo que puso de relieve los peligros y excesos que implicaban una participación popular irrestricta¹⁹. A los ojos de las

17. C. Mossé, *Politique et société en Grèce ancienne. Le "modèle" athénien*, París, 1995, 121-123.

18. Cf. J. Ober, *Political Dissent in Democratic Athens: Intellectual Critics of Popular Rule*, Princeton, 1998, 5; L. Gil Fernández, *Sobre la democracia ateniense*, Madrid, 2009, 109.

19. Cf. L. Guerci, *Libertà Degli Antichi E Libertà Dei Moderni. Sparta, Atene e i "Philosophes" Nella Francia Del Settecento*, Napoles, 1979, 167-192; E. M. Wood, *Peasant-citizen... op. cit.*, 5-41, "Demos versus «We, the People»: Freedom and Democracy Ancient and Modern", en J. Ober y Ch. Hedrick (Eds.), *Demokratia: A Conversation on Democracies, Ancient and Modern*, Princeton, 1996, 121-138; C. Mossé, *L'Antiquité dans la révolution française*, París, 1989; J. T. Roberts, *Athens on Trial... op. cit.*, "Athenian Equality: A Constant Surrounded by Flux", en J. Ober y Ch. Hedrick, *Demokratia... op. cit.*, 187-203; A. W. Saxonhouse, *Free Speech and Democracy in Ancient Athens*, Cambridge, 1996; P. Vidal-Naquet y N. Loraux, "La formazione dell'Atene borghese. Saggio di storia della storiografia 1750-1850.", en P. Vidal-Naquet (Ed.), *La democrazia greca nell'immaginario dei moderni*, Milan, 1996, 165-218; P. J. Rhodes, *Ancient Democracy and Modern Ideology*, Londres, 2003; E. Nelson, *The Greek Tradition in Republican Thought*, Cambridge, 2004; M. H. Hansen, "The Tradition of the Athenian Democracy A. D. 1750-1990.", *G&R*, 39, 1, 1992, 14-30, *The Tradition of Ancient Greek Democracy and its Importance for Modern Democracy*. Copenhagen, 2005, 5-43; L. Canfora, *Democracy in Europe. A History of an Ideology*, Oxford, 2006 [2004]; D. Piován, "Criticism Ancient and Modern. Observations on the Critical Tradition of Athenian Democracy.", *Polis: The Journal of the Society for Greek Political Thought*, 25, 2, 2008, 305-329; K. Vlassopoulos, *Politics: Antiquity and Its Legacy*, Oxford,

elites que llevaron adelante el proceso revolucionario de construcción de la nueva sociabilidad política, la democracia en su forma ateniense constituía un peligro para el nuevo orden en tanto era percibida como una potencial anarquía capaz de llevar a la ruina de la civilización. La *demokratía* no era más que el reino irrestricto de la igualdad, el gobierno tumultuoso de la muchedumbre, de un proletariado licencioso, sin respeto por la ley y el orden, el gobierno corrupto de los demagogos; en suma, una forma política degenerada cuya nivelación generalizada hacía de la multitud un nuevo déspota. Así para Maquiavelo la «democracia» (*stato popolare*) no era más que un régimen de «libertinaje» (*licenza*), donde no se respetaba ni «a los hombres públicos ni privados, de modo que, viviendo cada uno a su aire, se hacían cada día mil injurias»²⁰.

Entre los siglos XVII y XVIII la tradición clásica servirá como ariete para las facciones contrarias al absolutismo. Pero fueron la aristocrática República Romana y la oligárquica Esparta las que proporcionaron el paradigma político para la lucha contra la monarquía absoluta²¹. La democrática Atenas poco tenía para ofrecer cuando lo importante radicaba en la defensa de los derechos privados frente a la arbitrariedad monárquica y en bregar por un orden estable y disciplinado²². En esta adopción del legado antiguo, el término «república» –más que «democracia»– se convirtió en el sintagma preferido por el lenguaje político para caracterizar las nuevas aspiraciones. Tal preferencia no denotaba solamente el favoritismo por Roma frente a Grecia sino que también implicaba una crítica a la participación política popular en la toma de decisiones²³. La oposición entre «república» y «democracia» daba cuenta de una experiencia histórica que servía para enmarcar las nuevas tensiones y demandas de la cambiante realidad política. Montesquieu definió a la república bajo dos modalidades: como democracia, cuando la soberanía descansaba en todo el pueblo, y como aristocracia, cuando la soberanía era detentada sólo por una parte. Pero si bien en las repúblicas democráticas el pueblo toma las decisiones –en tanto es una cualidad de las repúblicas autogobernarse–, no debería ser quien dirija, ya que el pueblo debe ser guiado. En este sentido, el pueblo podía votar a sus magistrados o elegirlos por sorteo, pero lo importante radicaba en que el populacho (*le petit peuple*) pudiera ser guiado por los más importantes (*les principaux*)²⁴. Montesquieu afirmó que un «estado popular» (*État populaire*) se sostenía por la virtud (*vertu*)²⁵ y un fuerte amor por la igualdad (*égalité*)

2010; P. Wagner, “Transformations of Democracy: Towards a History of Political Thought and Practice in Long-term Perspective.”, en P. Arnason, K. A. Raaflaub y P. Wagner (Eds.), *The Greek Polis and the Invention of Democracy. A Politico-Cultural Transformation and Its Interpretations*, Oxford, 2013, 47-68.

20. N. Maquiavelo, *Discurso sobre la primera década de Tito Livio*. Madrid, 1987, 35, cf. P. J. Rhodes, *Ancient democracy... op. cit.*, 27-28 y n. 2; K. Vlassopoulos, *Politics: Antiquity... op. cit.*, 16-20.

21. M. H. Hansen, “The Tradition...”, *op. cit.*, 17; P. J. Rhodes, *Ancient democracy... op. cit.*, 28-29; P. Wagner, *op. cit.*, 51-52.

22. J. T. Roberts, *Athens on Trial... op. cit.*, 137-174.

23. P. Wagner, “Transformations of Democracy...”, *op. cit.*, 51.

24. Montesquieu, *Esprit des lois*, París, 1851, L. 2, Ch. 2, 9-11.

25. Montesquieu, *Esprit... op. cit.*, L. 3, Ch. 3, 19.

y la templanza (*frugalité*)²⁶. Pero tal Estado solamente podía existir en pequeñas ciudades-estado, como las de la Antigüedad, puesto que la ley se imponía porque los intereses privados se subordinaban al bien común²⁷. Sin embargo, Montesquieu se cuidó de señalar que tal virtud sólo se sostenía en la medida en que la igualdad se mantuviera con moderación y bajo el auspicio de las elites, puesto que el exceso igualitario llevaba a la corrupción:

Le principe de la démocratie se corrompt, non seulement lorsqu'on perd l'esprit d'égalité, mais encore quand on prend l'esprit d'égalité extrême, et que chacun veut être égal à ceux qu'il choisit pour lui commander. Pour lors le peuple, ne pouvant souffrir le pouvoir même qu'il confie, veut tout faire par lui-même, délibérer pour le sénat, exécuter pour les magistrats, et dépouiller tous les juges.

Il ne peut plus y avoir de vertu dans la république. Le peuple veut faire les fonctions des magistrats: on ne les respecte donc plus. Les délibérations du sénat n'ont plus de poids; on n'a donc plus d'égards pour les sénateurs, et par conséquent pour les vieillards. Que si l'on n'a pas du respect pour les vieillards, on n'en aura pas non plus pour les pères; les maris ne méritent pas plus de déférence, ni les maîtres plus de soumission. Tout le monde parviendra à aimer ce libertinage: la gêne du commandement fatiguera comme celle de l'obéissance. Les femmes, les enfants, les esclaves n'auront de soumission pour personne. Il n'y aura plus de mœurs, plus d'amour de l'ordre, enfin plus de vertu.²⁸

Para Montesquieu cuando el pueblo se radicalizaba, cuando pretendía la ampliación fáctica de la igualdad, cuando tomaba consciencia de su poder y no aceptaba gobernar bajo la autoridad de las elites, entonces, sobrevenía una «igualdad extrema»; igualdad que borraba las barreras del orden y de la virtud y daba inicio a una época de «libertinaje». De esta manera, al perderse la igualdad originaria sostenida por la virtud y la frugalidad, el pueblo se corrompía junto con sus líderes, puesto que estos últimos compraban los votos por dinero y el pueblo degeneraba en base al aprovechamiento de la riqueza pública, fomentando así su

26. Montesquieu, *Esprit... op. cit.*, L. 5, Ch. 3, 39.

27. Montesquieu, *Esprit... op. cit.*, L. 8, Ch. 16, 103-104.

28. Montesquieu, *loc. cit.*, L. 8, Ch. 2, 94-95.

ocio²⁹. La «igualdad extrema» devenía en una forma de servidumbre³⁰ y causaba la ruina de las repúblicas como les ocurrió a los atenienses tras la batalla de Salamina³¹.

También para los autores de *The Federalist Papers*, padres de la constitución estadounidense, la democracia antigua constituyó el modelo explícito que había que evitar, equiparada con el predominio de la multitud y la tiranía de la mayoría³². Madison distinguía las democracias de las repúblicas de acuerdo con los principios de ejercicio del gobierno, de modo que en las democracias «*the people meet and exercise the government in person*» mientras que en las repúblicas el pueblo «*assemble and administer it by their representatives and agents*»³³. La ausencia de toda forma representativa constituía la marca precisa de los regímenes democráticos. En principio, Madison rechazó esta forma por una cuestión de escala territorial: la nueva nación simplemente sería demasiado grande para gobernarse de esa manera³⁴. Pero de modo singular señaló que aquellos que cuestionaban los principios republicanos lo hacían por confundírseles con las «turbulentas democracias» de la antigua Grecia³⁵. La inestabilidad política constituía el mayor de los males de la democracia que se caracterizaba por la disensión facciosa, la ambición sin escrúpulos y la degeneración moral. En este sentido, Hamilton señaló a Pericles como el principal responsable de la Guerra del Peloponeso y, por consiguiente, de la ruina de dominio ateniense a la cual se arribó producto de políticas basadas en el abuso de la confianza proporcionada por el pueblo, la búsqueda de la ventaja o la gratificación personal disimuladas bajo el disfraz del interés público, etc.³⁶. Por su parte, Madison defendió el principio de representación y de la existencia de un orden colegiado que controle y restrinja las relaciones de gobierno por sobre los intereses y la participación directa de los ciudadanos, invocando el ejemplo ateniense como manifestación de los males provocados por una multitud demasiado empoderada:

29. Montesquieu, *Esprit... op. cit.*, L. 8, Ch. 2, 95-96. No podemos dejar de glosar esta línea de clara inspiración antigua y que nos remite a las posiciones del Viejo Oligarca y Platón (cuanto menos), más cuando parece sacado del arsenal discursivo de la derecha latinoamericana que ataca a los gobiernos llamados despectivamente «populistas» con el mismo argumento. En efecto, de este lado del Atlántico, al menos, todo gobierno que distribuya ingresos vía contribuciones estatales (salarios indirectos) y se sustancie con el acompañamiento de la clase obrera (formal e informal) es acusado de «demagógico», de «comprar votos» (clientelismo) y de llevar al «desastre a la República». Tales acusaciones, que siempre han derivado en regímenes autoritarios (sean golpes de Estado o formas constitucionales conservadoras) solamente esconden el profundo clasismo que las habita, el desprecio por toda forma de organización que habilite una participación real de las clases populares en la distribución de la riqueza y que las haga participe en la toma de decisiones (incluso aún cuando tal participación sea nominal).

30. Montesquieu, *Esprit... op. cit.*, L. 8, Ch. 3, 97.

31. Montesquieu, *Esprit... op. cit.*, L. 8, Ch. 4, 97. Cf. K. Vlassopoulos, *Politics: Antiquity... op. cit.*, 24-26, quien matiza las posiciones de Montesquieu respecto a la democracia.

32. J. T. Roberts, *Athens on Trial... op. cit.*, 10, 179-184; E. Meiksins Wood, «Dêmos...», *op. cit.*, 132; K. Vlassopoulos, *Politics: Antiquity... op. cit.*, 30-34.

33. A. Hamilton, J. Madison y J. Jay (J. R. Pole, Eds.), *The Federalist*, Cambridge, 2005 [1788], 14: 19-20.

34. A. Hamilton, J. Madison y J. Jay (J. R. Pole, Eds.), *The Federalist... op. cit.*, 14, 21, 45 y ss.

35. A. Hamilton, J. Madison y J. Jay (J. R. Pole, Eds.), *The Federalist... op. cit.*, 14, 28-29.

36. A. Hamilton, J. Madison y J. Jay (J. R. Pole, Eds.), *The Federalist... op. cit.*, 6, 31-41.

Thus far I have considered the circumstances which point out the necessity of a well constructed senate, only as they relate to the representatives of the people. To a people as little blinded by prejudice, or corrupted by flattery, as those whom I address, I shall not scruple to add, that such an institution may be sometimes necessary, as a defense to the people against their own temporary errors and delusions. As the cool and deliberate sense of the community ought in all governments, and actually will in all free governments ultimately prevail over the views of its rulers; so there are particular moments in public affairs, when the people stimulated by some irregular passion, or some illicit advantage, or misled by the artful misrepresentations of interested men, may call for measures which they themselves will afterwards be the most ready to lament and condemn. In these critical moments, how salutary will be the interference of some temperate and respectable body of citizens, in order to check the misguided career, and to suspend the blow meditated by the people against themselves, until reason, justice and truth, can regain their authority over the public mind? What bitter anguish would not the people of Athens have often escaped, if their government had contained so provident a safeguard against the tyranny of their own passions? Popular liberty might then have escaped the indelible reproach of decreeing to the same citizens, the hemlock on one day, and statues on the next.³⁷

En el mismo sentido señaló, con respecto a las cantidades que deben constituir los cuerpos representativos, que se debían mantener en un rango que evitase la confusión y la intemperancia de la multitud, puesto que –sea cual sea la composición de la asamblea– a la larga las pasiones siempre triunfan sobre la razón. Y, nuevamente, la sentencia de Madison recayó sobre Atenas: «*Had every Athenian citizen been a Socrates; every Athenian assembly would still have been a mob*»³⁸.

No cabe dudar sobre la desconfianza que generaba Atenas como manifestación de un orden político que descansaba en el siempre impredecible humor de la multitud y de políticos afines a ella; pero es menester señalar que lo que parecería, en parte, guiar el pensamiento de Madison no era tanto su desconfianza por la participación de trabajadores y pobres como el convencimiento de que el temperamento humano tenía una tendencia a privilegiar los deseos irracionales, especialmente cuando operaban en el seno de la multitud. Según Roberts, habría que discernir entre una apreciación negativa respecto a la psicología de los grupos y un prejuicio de clase que rechazaría la existencia de las asambleas populares³⁹. Por su parte, Dahl ha señalado, con respecto a la evolución posterior del pensamiento de Madison, que éste desarrolló una postura mucho más favorable al gobierno de las mayorías⁴⁰. Sin embargo, la presencia de las masas en la participación política no dejó nunca de ser problemática y tanto Madison como Hamilton enfatizaron que la dirección política debería recaer en los sectores propietarios (y siempre virtuosos), aunque existiera la posibilidad de que otros miembros de la comunidad alcanzaran dichas cualificaciones a partir de la «igualdad de oportunidades»

37. A. Hamilton, J. Madison y J. Jay (J. R. Pole, Eds.), *The Federalist...*, op. cit., 63, 59-77.

38. A. Hamilton, J. Madison y J. Jay (J. R. Pole, Eds.), *The Federalist...*, op. cit., 55, 51-52.

39. J. T. Roberts, *Athens on Trial...* op. cit., 181.

40. R. A. Dahl, *How Democratic is the American Constitution?*, New Haven y Londres, 2001, 35-37.

abierta por el régimen republicano⁴¹. De todas maneras, las conclusiones que Tocqueville sacó de su análisis de la experiencia norteamericana reafirman el tono de época con el que la democracia era pensada:

I have an intellectual taste for democracy, but I am aristocratic by instinct – that is, I despise and fear the mob. I passionately love liberty, the rule of law, and respect for rights, but not democracy. This is the depth of my feelings. I hate demagoguery (...) I belong neither to the revolutionary party nor to the conservative party. However, when all is said and done I care more for the latter than for the former. Indeed, I differ from the latter over means rather than ends, whereas from the former I differ over both means and ends. Liberty is the greatest of my passions. This is the truth⁴².

La tradición en las construcciones historiográficas

Un ejemplo clásico de esta tradición puede encontrarse en la obra de Mitford, *The History of Greece* (ca. 1784-1810), un *tory* británico para quien el ejemplo griego, y en particular ateniense, debía ilustrar los males que podía deparar para su país un gobierno que diera libertad de participación a los pobres⁴³. La principal preocupación de Mitford se encontraba puesta en el estatus político de la multitud y los peligros que conllevaba su participación irrestricta en los asuntos del gobierno. Su lamento e indignación iban dirigidos contra una masa a la que consideraba ociosa y libertina –pese a reconocer que estaba formada por artesanos y trabajadores– cuyo control de la democracia oprimía a los sectores nobles y propietarios⁴⁴. La ciudad de Atenas, gloria antigua que había sabido dar figuras de la talla de Platón o Aristóteles, habría degenerado en un régimen despótico y tiránico por la participación política de aquellos que debían trabajar para vivir:

...Solon introduced, or left, in the Athenian constitution, a defect which had the most direct e irresistible tendency to its destruction. Carefully (...) he committed absolute sovereignty immediately to the multitude, which could be responsible to none. (...) Interested demagogues inciting, restraint was soon overborne, and so the Athenian government became, what, in the very age, we find it was called, and the people seem to have been even pleased to hear it called, a tyranny in the hands of the people.⁴⁵

Las reformas de Solón, Clístenes, Efiltes y Pericles no habrían hecho más que agravar progresivamente la situación aumentando el poder de las masas al modificar las estructuras

41. Cf. A. Hamilton, J. Madison y J. Jay (J. R. Pole, Eds.), *The Federalist... op. cit.*, 6; 36; 52; 53; 54; 55; 56; 57.

42. A. de Tocqueville, *Scritti, note, discorsi politici*, Turín, 1994, 13, tomado de L. Canfora, *Democracy in Europe... op. cit.*, 19. Cf. E. M. Wood, “Dêmos...”, *op. cit.*, 59-80 y J. T. Roberts, *Athens on Trial... op. cit.*, 81-103.

43. Cf. E. M. Wood, *Peasant-citizen... op. cit.*, 10-16; J. T. Roberts, *Athens on Trial... op. cit.*, 203-206.

44. Cf. W. Mitford, *The History of Greece*, vol. V. Edimburgo, 1835, 28-9; 31-2; cf. E. M. Wood, *Peasant-citizen... op. cit.*, 15.

45. W. Mirford, *The History... op. cit.*, 8-9, cursivas en el original.

político-jurídicas de la ciudad: otorgando un mayor dominio de los pobres sobre los magistrados; favoreciendo la participación del pueblo como jueces; distribuyendo estipendios gracias al tesoro público; extendiendo los dominios atenienses sobre el resto de las ciudades; expoliando y confiscando las propiedades de los ricos; librando a las masas a la elocuencia de los demagogos, etc.⁴⁶. Así la democracia...

...with the pretence of an establishment proposing nothing but the equal welfare of the people, is, beyond all others, a constitution for profligate adventurers, in various ways, to profit from, at the people's expense...⁴⁷

Los intentos por poner freno a este régimen no habrían sido más que vanos. El mayor y más importante de dichos acontecimientos, la tiranía de los Treinta, aunque había empezado correctamente intentando corregir dichos males, degeneró rápidamente en una violencia inusitada por lo que la democracia fue restaurada. Según Mitford, la sociedad ateniense consiguió, de la mano de Trasíbulo, cierta calma y orden por un tiempo. Pero tras este breve período de paz, en tanto lo que permaneció fue el régimen tal cual se habría instituido en los períodos anteriores a la guerra del Peloponeso, las modificaciones que sufrió no supusieron más que reformas cosméticas que poco alteraron el contenido de su constitución:

*The constitution therefore remaining unaltered, the former temper of the government soon returned, and all its inherent evils again broke out. Party-spirit resumed its violence, tyranny again marked the decrees of the assembly and the judgments of the tribunals, and even the amnesty, that solemn engagement to which the whole people had sworn, as the very foundation of order and quiet in the restored commonwealth, was, not openly indeed, but under various subterfuges, violated.*⁴⁸

Toda vez que en el pensamiento político e historiográfico la suerte de la ciudad quedó atada al clamor de las masas, toda vez que la democracia representaba el poder de los «pobres», de los que trabajaban para vivir, de aquellos que carecían del acceso a la alta cultura, de aquellos que, a fin de cuentas, no eran susceptibles del beneplácito de las elites propietarias e ilustradas, no cabía otra evolución que el de una degeneración progresiva. Por consiguiente, la «decadencia» con que se inauguraba el tópico de la «crisis del siglo IV» venía asociada a

46. Resulta interesante señalar que la perspectiva de Mitford, heredera de la tradición contraria a la democracia que se percibe ya en Maquiavelo, muestra que los antiguos eran más indulgentes que los modernos con los «viejos buenos tiempos» de Solón y Clístenes. Se realiza, entonces, un desplazamiento que ve de manera mucho más crítica todo lo que lleve el nombre de democracia, o de Atenas, desde Solón hasta el final de los días de la democracia ateniense. Esta diferencia mostraría que el filtro de la lectura moderna y/o iluminista fue mucho más radicalmente aristocratizante que la de los propios antiguos, desde el Viejo Oligarca a Aristóteles. O en todo caso, los antiguos podían dejar de lado directamente a la democracia y apelar a la oligarquía, cosa que los modernos parece que no podrían mostrar del todo, disfrazándose de republicanos para no decir que en realidad preferirían una oligarquía.

47. W. Mirford, *The History... op. cit.*, 108.

48. W. Mirford, *loc. cit.*, 72.

esta ecuación que homologaba el destino del régimen a la condición social de aquellos que lo sostenían.

Rostovtzeff, en las páginas finales de su monumental obra sobre el mundo romano, llamaba a reflexionar sobre las causas de la «decadencia» del mundo antiguo en general, poniendo un énfasis singular en las relaciones que se daban entre elites y masas puesto que –según su percepción– las primeras parecían caer bajo la influencia de las últimas. De esta manera, concluía su obra con las siguientes palabras:

*The evolution of the ancient world has a lesson and a warning for us- Our civilization will not last unless it be a civilization not of one class, but of the masses. (...) Another lesson is that violent attempts at leveling have never helped to uplift the masses. They have destroyed the upper classes, and resulted in accelerating the process of barbarization. But the ultimate problem remains like a ghost, ever present and unlaid: Is it possible to extend a higher civilization to the lower classes without debasing its standard and diluting its quality to the vanishing point? Is not every civilization bound to decay as soon as it penetrates the mass?*⁴⁹

Para el gran historiador ruso, emigrado a Inglaterra luego de la Revolución de Octubre, las lecciones (¡que para el autor son también advertencias!) que el mundo antiguo nos legó serían, por un lado, la enseñanza de que ninguna civilización puede sobrevivir si no toma en cuenta los intereses de las masas; y, por otro lado, que toda influencia de las masas no tiene otro resultado que la decadencia de la civilización. ¿Cómo no observar la aporía de semejante reflexión? Para Walbank⁵⁰ las palabras de Rostovtzeff invocaban cierta reminiscencia platónica e iban más allá del problema particular de la decadencia de la cultura clásica. Más concretamente remitirían a su experiencia personal como emigrado de la Rusia soviética. El autor estaba en lo correcto al señalar en la fórmula de Rostovtzeff la confluencia tanto de un desprecio platónico por las masas como de la situación concreta que le había tocado vivir. Pero si dicha conjunción puede ser señalada, cabe preguntarse ¿qué había en la Revolución Rusa que actualizaba aquella indignación platónica? ¿Acaso sería la participación de obreros y campesinos en el ejercicio del poder? ¿Se encontraban tan lejos los Soviets, tanto en la práctica como en la experiencia subjetiva que desarrollaban sus participantes, de la *ekklesia* ateniense?⁵¹ Las palabras de Rostovtzeff, al igual que de aquellos que hemos comentado con anterioridad, corroboran la idea de que nada bueno podría esperarse de un gobierno que haga de los pobres, los obreros, etc., sus propios dirigentes. Pero lo que Walbank no pareció notar es que la propia idea de un «declive» se encontraba asociada a esta valoración y que dicha apreciación no puede tomarse como si fuera un argumento externo a la propia construcción del «objeto». De la argumentación desarrollada por Walbank se desprende que si

49. M. Rostovtzeff, *The Social and Economic History of the Roman Empire*. vol. I, Oxford, 1957 [1925], 541.

50. F. W. Walbank, “The Causes...”, *op. cit.*, 1944, 10.

51. Como lo ha señalado J. A. Dabdad Trabulsi, *Participation directe et démocratie grecque. Une histoire exemplaire*, Besançon, 2006, 16, que por la ortodoxia «esclavista» el marxismo no haya profundizado en este aspecto constituye una oportunidad perdida para una aproximación más que interesante de la democracia antigua.

librásemos a Rostovtzeff de su elitismo y de su descalificación clasista, todavía se podría conservar intacto el «declive». Es decir, como si aquello no fuera más que una envoltura ideológica que velaba la naturaleza real de su contenido y que al deshacernos de ella podríamos, entonces, alcanzar la «neutralidad científica» para dar cuenta de la «verdad» de lo acontecido. Para nosotros, la propia formulación del problema histórico descansaba sobre semejante construcción ideológica, porque, justamente, la historia no es más que «tiempo-actual» y, por consiguiente, sólo puede resolverse en relación a los problemas que se plantean de acuerdo con las ideologías y tradiciones que nos configuran⁵².

Inicios de un cuestionamiento

La línea interpretativa que hemos ilustrado, si bien hegemónica, no debe pensarse como absoluta. A mediados del siglo XIX, con las luchas del movimiento obrero y el surgimiento de nuevas corrientes del pensamiento liberal y popular, otras valoraciones más positivas de la democracia antigua hicieron su aparición. La obra del historiador inglés Grote constituyó un punto de quiebre para una tradición que no veía más que demagogos ambiciosos y masas desenfrenadas⁵³. Semejante cambio de perspectiva traería consigo una variación importante respecto a la idea de una «decadencia» ateniense durante la cuarta centuria. Fue el historiador alemán Holm, ampliamente influenciado por Grote, quien expuso la posición de modo más clara aunque, debemos reconocer, tuvo poca repercusión en la tradición historiográfica⁵⁴. En esta línea, Holm defendió y caracterizó positivamente tanto a la democracia ateniense como a sus líderes (por ejemplo Cleón) y al imperialismo marítimo. Pero, lo que nos interesa remarcar es que, a la vez, cuestionó enérgicamente la supuesta «decadencia» de Atenas⁵⁵. Así, para el autor, tras el cambio de siglo:

The constitution of the city was the same as in the time of Pericles. The Council, the Heliasts, and the people had the same power as then (...). [The] evils connected with public impeachments for

52. No es posible dar una definición precisa de un término tan complejo como «ideología». Sin embargo, recordemos que para Althusser la ideología constituye una relación afectiva y que resulta constitutiva y constituyente de nosotros como sujetos, cf. L. Althusser, “Ideología y aparatos ideológicos del Estado,” en *La filosofía como arma de la revolución* México, 2002, 138-144. Asimismo, Williams ha señalado que una «tradición» (siempre selectiva) no puede tomarse como una situación inerte y alejada de la contemporaneidad que la invoca. Por el contrario, constituye «una fuerza activamente configurativa, puesto que la tradición es en la práctica la expresión más evidente de las presiones y límites dominantes y hegemónicos», cf. R. Williams, *Marxismo y Literatura*, Buenos Aires, 2009, 158-159.

53. Sobre la importancia de Grote, cf. A. Momigliano, *Studies in Historiography*, Nueva York, 1966, 56-74; J. A. Roberts, *Athens on Trial...* 229-255; P. Wagner, “Transformations of Democracy...”, *op. cit.*, 53-54. Para una visión general en P. Vidal-Naquet y N. Loraux, “La formazione...”, *op. cit.*, 165-218; D. Piovan, “Criticism Ancient...”, *op. cit.*, 313-316) y J. A. Dabdab Trabulsi, *Participation directe...* *op. cit.*, 16-17.

54. A. Holm, *The History of Greece from its Commencement to the Close of the Independence of the Greek Nation*, 4 vols, Londres, 1896 [1886-1894].

55. J. A. Roberts, *Athens on Trial...* 251.

*violation of the constitution do not seem to have been so great as to outweigh the benefit derived from them, which consisted of keeping the responsibility of movers resolutions constantly before the public mind. The meetings of the Assembly were by no means so disorderly (...). Of course the proceedings were stormy (...) but as rule the people were strongly imbued with the feeling that they had to be advised by those who were wiser (...). Besides, there is no instance of any scandalous act of injustice. (...) Only those who are ignorant of the Athenian constitution can talk of mob-rule in Athens.*⁵⁶

Para Holm la pérdida del imperio resintió las finanzas de la ciudad pero, desde su perspectiva, para la mitad del siglo Atenas recuperó sus ingresos al nivel de la centuria anterior gracias al incremento de los impuestos directos. En el mismo sentido, destacó que la inmoralidad y el lujo se mantenían a niveles del siglo V aún cuando reconocía para la época un tono más *petit bourgeois*. Pero, más importante aún, cuestionó la idea de una decadencia moral de los ciudadanos en tanto que, según su interpretación, la población ateniense continuó habitando en los demos, comerciando en el Pireo, asistiendo a las asambleas y a los tribunales, participando en el ejército, etc.⁵⁷. Y en este sentido, sus conclusiones se muestran por demás contundentes:

We are unable on the strength of this knowledge to agree with those who consider the fourth century a period of decay (...)

That the decline of Athens, of which we hear so much, is little better than a fable (...)

*Athens still remains the civil, military and intellectual capital and the true strength of Greece (...).*⁵⁸

56. A. Holm, *The History... op. cit.*, vol. 3, 178-179.

57. A. Holm, *The History... op. cit.*, vol. 3, 186-191.

58. A. Holm, *The History... op. cit.*, vol. 3, 186, 187, 191, respectivamente. También resulta interesante resaltar las conclusiones del autor que cierran el capítulo (198-199) en tanto allí señala, como principal diferencia, la violencia desplegada en la ciudad durante el siglo V y la paz conseguida en el IV: «In the fifth century we find a struggle between oligarchs and the democracy, carried on by the former with violence and intimidation (...). It is a sort of aristocracy mobocracy [sic], which the people counteract mainly by legal methods, in a few instances also by brute force. In the fourth century violence has disappeared. The democracy is thoroughly disciplined; it commits no excesses; riots never occur; the people remain collected, cool and dignified in the most difficult situations; there is no trace of mob-rule». Lo importante es que el autor remite a la aristocracia como la causante de la violencia, mientras el pueblo busca limitar sus actos por la ley y, en menor medida, por la violencia. Y el funcionamiento posterior, aunque claramente idealizado, hace de la democracia el régimen perfecto que ha podido frenar dicha violencia, sin rasgo alguno de un descalificado poder de la multitud (es decir, la multitud gobierna pero no de una manera peyorativa como se le atribuye). El cambio del énfasis, la puesta en valor del pueblo frente a la tradicionalmente sobrevalorada elite constituye claramente una lectura diferente y separada de la tradición conservadora.

Sin embargo, el historiador alemán no negó un «lado oscuro» de la democracia, en tanto esta dependía demasiado del humor popular, algo que hacía que sus decisiones corrieran al calor de la coyuntura y dificultaba la continuidad y consistencia de las decisiones políticas⁵⁹. Pero, de todas maneras, dicha situación no era más que la constante democrática y el comportamiento común de un régimen que hacía al *dêmos* soberano.

Tensiones contemporáneas

En la actualidad no puede señalarse la misma animosidad hacia la *demokratía* que hemos visto en las interpretaciones del pasado, aun cuando algunos criterios del republicanismo sigan imperando en ciertas interpretaciones. Asimismo, muchos de los intelectuales que trabajan tales temas son y han sido grandes hombres y mujeres comprometidos con las luchas de las clases populares (Vernant, Vidal-Naquet, Finley, de Ste. Croix, Plácido, Loraux, sólo por mencionar algunos referentes importantes e incuestionables). Por consiguiente, podemos concluir que muchos de los aspectos contemporáneos se encuentran cruzados por problemáticas puntuales y por las exigencias metodológicas de nuestro propio «objeto», más que por posturas o posiciones políticas conservadoras. Y sin embargo, la sensación de que «algo huele mal» en la democracia ateniense sigue estando presente. Veamos algunos ejemplos.

En gran medida, la historiografía ya no considera que la democracia se radicalice durante la cuarta centuria. Por el contrario, piensa que ésta se modera en términos del control institucional que se auto-impone. Ahora bien, tal control parece tener ya no el efecto de un poder del *dêmos* con capacidad de limitar las actuaciones oligárquicas, sino, por el contrario, de alienarse su propia capacidad política. Tal era la conclusión a la que arribaba Ostwald quien ha hecho clásica la idea de un pasaje de la «soberanía popular» a la «soberanía de la ley». De este modo, la capacidad de articulación positiva del poder del pueblo en la *ekklesia* se perdería reduciendo su soberanía:

*Athens was still a democracy in the mold of the patrios politeia as it had existed since the days of Ephialtes. But council and Assembly receded into the background in matters of internal policy, and the jury courts held the center of the stage" (...) [In] matters of legislation the Assembly relinquished its final say to nomothetai, Thus democracy achieved stability, consistency, and continuity when the higher sovereignty of nomos limited the sovereignty of the people.*⁶⁰

En un mismo sentido argumentaba Hansen:

If the Athenian did not succeed in creating something radically different from 'radical' democracy, maybe that is not what they trying to do. (...) In spite of the philosophers it can hardly be denied that the Athenians in the fourth century were weary of extreme 'radical' principles and were try-

59. A. Holm, *The History...* op. cit., vol. 3, 180-181.

60. M. Ostwald, *From Popular Sovereignty to the Sovereignty of Law. Law, Society and Politics in Fifth-Century Athens*, Berkeley, 1986.

*ing to set in their place if not a 'moderate', then 'modified', democracy, in which the courts and the nomothetai were the organ of control for keeping the Assembly and the political leaders in their place and for re-establishing respect for the laws.*⁶¹

En forma característica, para Sealey Atenas fue siempre una «república» y, por tanto, respetuosa de la ley, lo cual fue olvidado solamente por una historiografía muy afecta a la «lucha de clases»:

*If a slogan is needed, Athens was a republic, not a democracy. (...) Theories of class struggle, however defined, have exercised a peculiar fascination over historians. (...) Those who reduced the history of Athens to a class struggle overlook the abiding significance of the Athenian concept of justice.*⁶²

No puede dejar de notarse la importancia que se le atribuye a la ley en términos del control de las decisiones asamblearias. El viejo *topos* de la anarquía democrática⁶³, de una multitud sin juicio que decide una cosa un día y otra al otro, sigue presentándose como un fantasma molesto para el orden. Si la democracia restaurada consiguió no ser impugnada hasta el final de sus días, se debió a que alcanzó limitar la decisión popular vía el «respeto de las leyes». Cómo si la ley y la democracia no pudieran congeniar, como si allí hubiera una contradicción insalvable⁶⁴.

Otra postura que puede tomarse es la de Harris para quien no toda crítica a la democracia fue necesariamente anti-democrática⁶⁵. El autor desarrolla esta postura en tanto parte de la idea de que en la actualidad todos acordamos en la que la democracia es «algo bueno»:

Since we all agree nowadays that democracy is a 'good thing', some ancient historians think it is their duty to defend both ancient and modern democracy against all attacks, large and small, whether they come from Nazi German, Soviet Russia, the Taliban in Afghanistan, or philosophers in the Lyceum and Academy. (...) Indeed, one might argue that modern democracies have thrived

61. M. H. Hansen, *The Athenian democracy... op. cit.*, 303-304.

62. R. Sealey, *The Athenian Republic*, Londres, 1987, 146-148. El rechazo de R. Sealey hacia «la lucha de clases» se verifica también en su mirada respecto a las reformas de Efiltes en tanto cuestiona a aquellos que ven allí posturas de «izquierda» y señala que «even in present day political context the terms "right" and "left" belong to propaganda, not analysis», R. Sealey, "Ephialtes, *eisangelia*, and the Council" [1981], en P. Rhodes (Ed.), *Athenian Democracy*, 2004, Oxford, 324 y n. 35.

63. Cf. J. Gallego, *La anarquía de la democracia. Asamblea ateniense y subjetivación del pueblo*, Buenos Aires, 2018.

64. Para una crítica a estas posturas, véase: W. Eder, "Aristocrats and the Coming of Athenian Democracy", en I. Morris y K. A. Raaflaub (Eds.), *Democracy 2500? Questions and Challenges*, Dubuque/Iowa, 1997, 10-40, para quien la «verdadera» democracia recién inicia en el siglo IV cuando los tribunales controlan a la asamblea; o D. L. Cammack, *Rethinking Athenian Democracy*, Harvard, Tesis Doctoral, 2013, quien sugiere que la asamblea se encuentra sobrevalorada historiográficamente y que Atenas fue una «dikastic democracy» desde Efiltes.

65. E. M. Harris, "Was all Criticism of Athenian Democracy Necessarily Anti-Democratic?", en U. Bultrighini (Ed.), *Democrazia e antidemocrazia nel mondo greco*, Alessandria, 2005, 11-24.

*even in the face of threats from totalitarian regimes and terrorism because they have avoided the pitfalls of the Athenian version of democracy.*⁶⁶

Pues bien, cabe preguntarse qué se entiende por «democracia» puesto que aunque todos nos digamos demócratas, no todos la comprendemos de la misma manera ni la pensamos igual⁶⁷. Tal vez cabría agregar a la secuencia nazis, soviéticos, talibanes, platónicos y aristotélicos, el colonialismo y el intervencionismo económico-militar desplegado por las potencias «democráticas» de Occidente. Más llamativa, resulta la idea de que las democracias modernas habrían evitado las trampas o los inconvenientes de la «versión ateniense». De todas formas, el autor se dedica a señalar las críticas que habrían recibido los demócratas antiguos y que habrían buscado corregir: la quita de derechos a aquellos que habrían acompañado a los Treinta; la hegemonía imperial; una educación moral sobre el pueblo, particularmente los jóvenes; el rol de los sicofantas y la conducta de los tribunales. Para el autor, tales elementos serían una «falla» del sistema ateniense. Sin embargo, el hecho de que los atenienses hayan reprimido a los oligarcas, dado libertad al pueblo para pensar como quisiera y diseñado un sistema de justicia sostenido por la opinión popular, no debería ser considerado un demérito del cual los contemporáneos habríamos salido ilesos⁶⁸.

La historiadora Sancho Rocher también destaca las novedades del siglo IV que hacían de la democracia un sistema más estable, aunque esta evolución traía consigo una mayor apatía de la ciudadanía y una pérdida de vitalidad de la democracia⁶⁹. Pero lo que llama la atención es la defensa de la autora por esa democracia frente al «populismo» de la época de Pericles o Cleón⁷⁰. Tal distinción entre «democracia» y «populismo» no puede tomarse como una valoración neutra del pasado ateniense. Si bien puede aceptarse el contexto europeo de la autora, para un lector latinoamericano –como nosotros– esta oposición no puede ser más que sintomática. Y, en última instancia, esta discusión nos remite a la separación permanente en el plano de la teoría política moderna entre el «buen» funcionamiento del ideal republicano y la presencia siempre incómoda de la «voluntad popular»⁷¹.

66. E. M. Harris, “Was all Criticism...”, *op. cit.*, 13.

67. Véase E. M. Wood, “Dêmos...”, *op. cit.*; J. Rancière, *El odio a la democracia*, Buenos Aires, 2006; o S. Zizek, *En defensa de la intolerancia*, Madrid, 2008, para una crítica y debate sobre las concepciones contemporáneas de la idea de «democracia».

68. Cf. J. Ober, *Mass and Elite...*, *op. cit.*, para una valoración positiva de estas cuestiones.

69. L. Sancho Rocher, ¿Una democracia “perfecta”? Consenso, justicia y *demokratía en el discurso político de Atenas (411-322 a.C.)*, Zaragoza, 2009, aunque en un artículo anterior la autora parece manifestar una posición mucho más favorable, cf. L. Sancho Rocher, “¿Qué tipo de democracia? La *politeia* Ateniense entre 403 y 322 A.C.”, *Studia Historica. Historia Antigua.*, 23, 2005, 177-229.

70. L. Sancho Rocher, “Las fronteras de la política. La vida política amenazada según Isócrates y Demóstenes.”, *Gerión*, 2002, 20, 1, 231-254; “Democracia frente a populismo en Isócrates”, *Klio*, 90, 1, 2008, 36-61, ¿Una democracia... *loc. cit.*, 171-192.

71. Cf. J. Gallego, “La soberanía popular, entre la democracia y la república. De la Grecia antigua a la actualidad”, en C. Ames y M. Sagristani (eds.), *Estudios interdisciplinarios de Historia Antigua IV*. Córdoba, 2014, 74-92.

También podemos señalar las reflexiones de Loraux con respecto a la victoria de los demócratas que, paradójicamente, significó la progresiva pérdida del poder del pueblo. La restauración traería consigo la exigencia del olvido de la guerra civil, del combate, y, en última instancia, de la victoria popular sobre los oligarcas. A costa de mantener la ficción política de una ciudad unificada, los acuerdos de amnistía les exigían renunciar a recordar su victoria. Por consiguiente, la *demokratía* durante el siglo IV no haría más que “perder su *kratós*” como modo de sostener una paz duradera pero que terminaría beneficiando a aquellos que habían sido, en realidad, opositores a la soberanía popular⁷².

Por último, en términos de las relaciones sociales que se dan al interior de la comunidad cívica, se concluye que los ciudadanos pobres sufrirían un empeoramiento de sus condiciones socioeconómicas, lo que implicaría el desarrollo de nuevas formas de dependencia que, supuestamente, se traducen en relaciones clientelares y otras asimilables en alguna medida a la esclavitud⁷³.

Respeto por la ley, adopción de las críticas de opositores, apatía cívica, abandono del populismo, pérdida del *kratós*, mayor dependencia clientelar, tales son, entonces, las tendencias que parecen imponerse en la mirada de muchos de los historiadores contemporáneos. Así las cosas, fruto de un discurso que requiere de la definición de un «objeto» clausurado para historizar su desarrollo, los «pobres de Atenas siguen sin poder ganar»⁷⁴.

Reflexiones finales

Es menester, ahora, presentar algunas reflexiones de cierre. Debería quedar bastante claro, en función del desarrollo que hemos expuesto, que la preocupación principal que guió los estudios sobre la Atenas clásica era la existencia de una participación popular que se mostraba indómita para las elites. Aun cuando en la actualidad la cuestión no continúe planteándose en esos términos, parecería ser que la propia construcción del discurso histórico se encuentra condicionada a restablecer recurrentemente –aunque de modo inconsciente– aquel principio

72. N. Loraux, *La ciudad dividida. El olvido en la memoria de Atenas*, Madrid, 2008, 251-272; cf. D. Plácido, *La sociedad ateniense... op. cit.*, 295. Contra J. Ober, *Mass and Elite... op. cit.*; A. Wolpert, *Remembering Defeat: Civil War and Civic Memory in Ancient Athens*, Baltimore/Londres, 2002; J. L. Shear, *Polis and Revolution: Responding to Oligarchy in Classical Athens*, Cambridge, 2011.

73. Cf. D. Plácido, “Las relaciones clientelares en la evolución de la democracia ateniense”, *Circe de clásicos y modernos*, 12, 2008, 225-42; D. Plácido, y C. Fornis, “Evergetismo y relaciones clientelares en la sociedad ateniense del siglo IV a. C.”, *DHA*, 37/2, 2012, 19-47; M. Valdés Guía, “La renovación de la dependencia en el siglo IV: los espacios de *thetes* y *misthotoi*”, en A. Beltrán, I. Sastre, M. Valdés, (Dir.), *Los espacios de la esclavitud y la dependencia desde la antigüedad*. Besançon, 2015, 183-199. Para nuestra postura sobre estos problemas, cf., D. Paiaro, y M. Requena, “Entre la «masa ociosa» y la «explotación económica»: los ciudadanos pobres de la democracia ateniense. Nuevas reflexiones sobre un viejo problema”, *XXXVI Coloquio del GIREA*, Barcelona, en prensa.

74. Cf. J. A. Roberts, *Athens on Trial... op. cit.*, 13.

que, en su origen, tenía por objeto combatir la práctica y las consecuencias de dicha participación política de las masas.

En la medida en que el «declive» fue señalado, sólo se correspondía con los criterios que delimitaban la participación política del pueblo, los pobres, los trabajadores, etc. La esclavitud solo aparecía como un elemento que construía la estructura de la ciudad y que, en las visiones esclavistas, permitía la libertad de los ciudadanos. No se trata aquí de desmerecer el lugar que la esclavitud pudo haber jugado en la economía de la democracia. Pero poco aportaría resaltar aquello que, incluso para los antiguos, no constituía un problema. Por consiguiente, por mucho que se insista sobre la esclavitud, la puesta en acto de la ciudad se define más por su dinámica política que por las condiciones que la presencia de la esclavitud impone⁷⁵. Si volvemos a la cita de Marx, la sentencia de Sismodi –al menos pensando en las condiciones atenienses– debería ser corregida porque el «proletariado» ateniense no vivía a costa de la «sociedad». En la medida en que se hace énfasis en las condiciones esclavistas, la democracia tiene que aparecer como un derivado, cuya relación interna, si bien conflictiva, no puede dejar de pensarse como «oligárquica» frente al resto de la «sociedad». Pero la insistencia en su rol opaca, fundamentalmente, esta capacidad política del *dêmos* de haberse constituido como un sujeto capaz de confrontar con la elite y haberse ganado un lugar en el juego político e institucional; lugar que, por cierto, se presentaba como extremadamente peligroso tanto para los filósofos de la Antigüedad como para los pensadores posteriores.

Desde el punto de vista del pensamiento político, la historia ateniense se presentaba como un fantasma negativo; no por su contenido esclavista sino por la participación política de las masas. Para un partisano elitista, esta era la molesta herencia que la democracia de Atenas había legado a la Historia. Aún hoy, parece seguir siendo una perturbación para la acción política en la medida en que se sigue oponiendo la «república», el «respeto por la ley», etc., a múltiples sintagmas que, de alguna manera, se emparentan con la «democracia» antigua. En este sentido, los argumentos sobre los que cabalga la idea del fin de la democracia, cualesquiera sean sus formas, tienen en común la expropiación progresiva de la singularidad política del régimen ateniense, es decir, la capacidad creativa de las masas, en tanto conquistaron y ejercieron un poder considerado excesivo por sus detractores.

75. Cabe recordar aquí unas palabras de J.-P. Vernant: «La oposición entre los esclavos y sus propietarios no aparece nunca como la contradicción principal. (...) No podemos extrañarnos de eso porque las luchas de clases se entablan y desarrollan en un marco sociopolítico del que, por definición, los esclavos están excluidos» y esto era así porque los grupos entran en lucha «siempre en función del lugar que ocupan los mismos individuos en la vida política que, en el sistema de la *pólis*, desempeña el papel principal. Dicho de otro modo, es a través de la mediación del estatuto político como la función económica de los diversos individuos determina sus intereses materiales, estructura sus necesidades sociales y orienta su acción social y política...», cf. J.-P. Vernant, «La lucha de clases» [1965], en *Mito y sociedad en la Grecia antigua*, Madrid, 1982, 19-20 y 16. La mediación del «estatuto político», que no será otra que la relación inclusión/exclusión que afecta a los diferentes sujetos que conforman la estructura de clases de la *pólis*, constituye el punto que articula el lazo social y define la interacción de los sujetos.